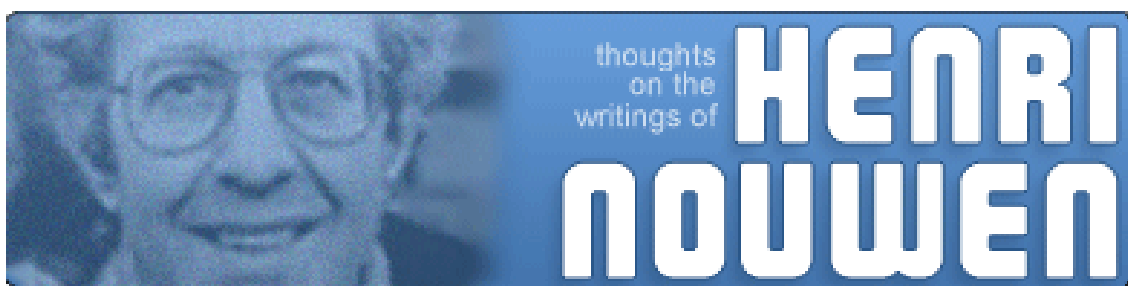


LA PASIÓN DE NOUWEN

Ciclo Henri Nouwen-1

CVX-Galilea (Madrid, España), Navidad de 2010
cvxgalilea@gmail.com <http://www.panyrosas.es/>

Para vosotros, los que vais a realizar este viaje espiritual conmigo, espero y rezo para que descubráis en vuestro interior no sólo a los hijos extraviados, sino también al padre y la madre compasivos que es Dios.
(Nouwen, 1994 C: p.29)



1. INTRODUCCIÓN

Comenzamos este ciclo temático de meditaciones y reuniones alrededor de la vida y propuestas de Henri Nouwen con una lectura meditada de su biografía espiritual. Dada la transparencia de la propia vida en los escritos de Henri Nouwen, conocer su vida se hace especialmente necesario. ¿Por qué los escritos de Henri Nouwen han alcanzado tan profundamente a millones de lectores de nuestro tiempo? ¿A qué se debe la capacidad que tiene de llegar al fondo del corazón y la experiencia humana? Conocer su vida es un buen modo de meditar y de encontrar algunas de las respuestas.

Seguimos principalmente la magnífica biografía escrita por Michael Ford, *Henri Nouwen, el profeta herido*, publicada en español por Sal Terrae (Cantabria, 2000).

2. ORACIÓN DE ENTRADA

Parábola del Padre Bueno

Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo al padre: "Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde." Y él les repartió la hacienda.

Pocos días después el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino.

Cuando hubo gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país, y comenzó a pasar necesidad.

Entonces, fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que le envió a sus fincas a apacentar puercos. Y deseaba llenar su vientre con las algarrobos que comían los puercos, pero nadie se las daba.

Y entrando en sí mismo, dijo: "¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre!

Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros."

Y, levantándose, partió hacia su padre.

Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente.

El hijo le dijo: "Padre, pequé contra el cielo y ante ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo."

Pero el padre dijo a sus siervos: "Traed aprisa el mejor vestido y vestidle, ponedle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. Traed el novillo cebado, matadlo,

y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado". Y comenzaron la fiesta.

Su hijo mayor estaba en el campo y, al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y las danzas; y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello.

Él le dijo: "Ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el novillo cebado, porque le ha recobrado sano."

El se irritó y no quería entrar.

Salió su padre, y le suplicaba.

Pero él replicó a su padre: "Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos; ¡ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado!"

Pero él le dijo: "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado." (Lucas, 15, 1-3.11-32).



3. MATERIAS

PRIMAS¹

a. El hogar familiar de Nouwen, 1932-1939

Henri Nouwen nació en Nijkerk, Holanda, un 24 de enero de 1932. Su padre era Laurent Nouwen, un célebre catedrático de Derecho Fiscal de la Universidad de Nimega y, a la vez, su padre había sido

¹ Documento realizado por Fernando Vidal, fvidal@upcomillas.es

secretario del ayuntamiento de Venlo. Era una familia intensamente religiosa y católica. Su madre, Maria Ramselaar fue una empresaria que había llevado un pequeño comercio de su marido a un rentable negocio que les proporcionó una cómoda posición social y en el que ella se responsabilizaba sobre todo de la contabilidad. “Maria era una mujer culta y devota, con interés por los idiomas, la literatura y la mística.” (Ford, 1999: p.119). El hermano mayor de su madre, tío materno de Henri, era un destacado presbítero de la Archidiócesis de Utrecht y consultor vaticano para las relaciones entre cristianos y judíos.

Desde pequeño, Henri sintió una llamativa tendencia a inquietarse por si era querido o no. Desde el mismo corralito en que jugaba de muy niño, preguntaba para asombro de sus familiares: ¿Me quieres de verdad? Este hecho años más tarde la madre lo relaciona con una práctica por la que le pidió perdón a su hijo. En su primera infancia le había criado “de acuerdo con la doctrina de un médico alemán que sostenía que la naturaleza codiciosa de los niños pequeños debe doblegarse mediante la restricción de los alimentos y del contacto físico.” (Ford, 1999: p.121). Pero Henri siempre se sintió muy querido por su madre, a quien le ataba una muy intensa relación. En cambio, aunque su padre Laurent estaba orgulloso de su hijo, Henri, hasta poco antes del final de su vida, siempre se sintió inseguro de que su padre le amara incondicionalmente. Además, Henri era un niño activo pero con poca sincronización de movimientos y eso le hacía estar frecuentemente marginado en el colegio.



Su abuela le introdujo en la experiencia religiosa enseñándole a rezar y le invitaba a iniciar una relación personal e íntima con Jesucristo. Desde los siete años Henri manifestó su inclinación al sacerdocio, influido sin duda por el modelo de su tío materno. Su madre no sólo le permitió esa tendencia sino que le facilitó poder jugar en esa dirección. Encargó a un carpintero de su negocio que le hiciera un altar a la medida del niño y a una modista que le confeccionaría vestiduras sacerdotales. Convirtieron la buhardilla de la casa en una capilla en la que jugaba con amigos a decir misa y Henri hacía sermones que pronunciaba ante sus familiares.



b. Bajo la ocupación nazi, 1939-1944

Henri jugaba a ser cura mientras los nazis habían ocupado su país. Tenía siete años. Su compatriota Ana Frank era tres años mayor que él cuando al mismo tiempo, a unos cuantos kilómetros de su ciudad, ella estaba escondida en el ático del taller familiar. Nouwen recuerda a sus padres llorando y cómo vecinos y amigos judíos eran deportados. Laurent, una figura destacada de la vida local, se construyó

un zulo en el tico donde permanecía encerrado los días que presentían redadas. Y fue proverbial pues los soldados alemanes vinieron a buscarlo para conducirlo a prisión. Su madre Maria resistía a la vida ocupada y buscó el modo de que Henri no viera interrumpida su educación en ese intervalo crucial de los siete a los doce años. Propuso a los Crozier Fathers, un grupo de sacerdotes jóvenes, crear un colegio discreto que ella misma financió y así Henri junto con un pequeño grupo de chicos recomenzó su instrucción. A su vez, sus padres habían organizado un grupo literario que celebraba sus veladas regularmente en el hogar de los Nouwen. Henri de nuevo sintió el hambre al final de la infancia pues su familia también fue víctima de la campaña “Invierno de hambre” con que los nazis quisieron sembrar el terror entre los holandeses ante su inminente derrota. Henri pedaleaba a una lejana granja de amigos de su familia a buscar patatas, evitando ser detenido por alguna patrulla.

c. Criado para la independencia, 1945-1950

Tras la guerra, los Nouwen recobraron su prosperidad. Viajaban por Italia y veraneaban en Suiza. Su padre acentuó su actitud educativa, muy marcada por su propio itinerario en la vida. Laurent sobre todo insistía en el esfuerzo y la independencia. Él mismo era un hombre laborioso de éxito que había defendido su independencia, lo cual le había llevado a rechazar nombramientos que le hubieran reportado una prestigiosa proyección nacional. Nouwen, en su obra de 1983, *A Letter of Consolation*, se dirige a su padre: “has preferido preservar ferozmente tu autonomía espiritual, mental y económica... una de las frases que más nos has repetido a mí y a mis hermanos y hermanas es: ‘Asegúrate de no depender del poder, la influencia o el dinero ajenos. Tu libertad para tomar tus propias decisiones es tu mayor tesoro, No renuncies a él.’” (Nouwen, 1983: *A Letter of Consolation*. Gill and Macmillan, Dublin: p.45-47). Vista en su totalidad, es cierto que Henri no fue sino creciendo en libertad e independencia en su vida. La vida le fue reconciliando con su padre y éste le veía como un hijo generoso que siempre le llevaba regalos cuando le visitaba a Holanda. Se mostraba muy orgulloso del éxito de su hijo, sobre todo porque lo hizo todo por sí mismo cuando llegó solo a Estados Unidos. Laurent veía en su hijo mucho de su esposa y no dejó nunca de echarlo mucho de menos.

Henri culminó su educación secundaria en el colegio Aloysius de los jesuitas y en 1950, con dieciocho años, inició su formación sacerdotal. Siguió así los pasos sacerdotales y espirituales de su tío materno Tom Ranselaar, quien era su máxima referencia. Llegó a un seminario cuyo rector era su propio tío, quien, además, era obispo y un pionero en la relación con el mundo judío, labor a la cual durante un periodo le ayudó Henri como asistente.

d. Formación sacerdotal y psicológica, 1950-1964

Sin duda Henri era una persona de extracción social acomodada y con un fuerte capital social gracias a su tío, pero sus compañeros reconocían que sus virtudes y habilidades sobresalían sobre las del resto suscitando admiración. Nouwen era elegido por sus compañeros para representarles



como orador cuando había visitas notables al seminario. Era un buen estudiante con un pensamiento no destacadamente original pero sí intenso. Ya entonces manifestaba cierta ansia por hacerse amigos y asegurarse la autenticidad de la amistad de sus compañeros.

Fue un 21 de julio de 1957 cuando Henri Nouwen fue consagrado sacerdote en la catedral de Utrecht. Su formación había bebido del ambiente preconciiliar, especialmente abierto en



Henri Nouwen

Holanda. Nouwen asistió a sesiones del Concilio Vaticano II en 1962 y 1965 y se sintió plenamente identificado con la renovación pastoral conciliar. Pero el devenir de la Iglesia en Holanda también le produjo una profunda decepción. El curso de la comunidad cristiana se fue dividiendo cada vez más y debilitando la vida religiosa de muchas personas. Henri se sentía a disgusto en ese ambiente dividido y su apuesta por ahondar en la dimensión espiritual fue mal acogida por sus compañeros, quien la estimaban demasiado sentimental y subjetivista, sin atención a lo social.

Tras su ordenación, Henri solicitó proseguir su formación y, lo que era infrecuente entre curas, escogió estudiar psicología en la católica Universidad de Nimega, donde su padre era catedrático del claustro. La formación psicológica de Henri se prolongó siete años, hasta 1964. En esos años realizó trabajo pastoral entre los mineros de Limburg y estuvo empleado en la empresa Unilever en

Rotterdam. También embarcó como capellán de emigración junto con los holandeses a Estados Unidos, labor en el curso de la cual contempló la llegada emigrante bajo la mirada de la Estatua de la Libertad. En Estados Unidos contactó con el conocido psicólogo Gordon Allport, interesado por la relación entre psicología y religión y en la misma psicología pastoral, quien le aconsejó establecerse en Kansas para cursar estudios en la Fundación Menninger para la Educación Psiquiátrica y la Investigación, propuesta que entusiasmó a Henri.



Nouwen contactó con el fundador de la psicología pastoral clínica, el profesor y sacerdote Anton Boisen, sobre quien había realizado un extenso trabajo durante la carrera. Nouwen pudo comenzar sus estudios en la Fundación Menninger, de la que sobre todo le gustó la práctica clínica pastoral. Era un buen estudiante pero no mostraba ni interés ni dotes por la investigación sino por la pastoral. No obstante, sus informes clínicos destacan por su penetrante inteligencia, como el que hizo sobre un joven delincuente, sobre el que escribió más de doscientas páginas de diagnóstico.

e. El movimiento negro de Derechos Civiles y la Universidad de Notre Dame, 1965-1970

Nouwen se integró en la vida americana y sobre todo se unió a los marginados. Con mucho esfuerzo y emprendimiento, participó en destacadas

movilizaciones del movimiento negro pro Derechos Civiles, a las que se unió solo. Desde el comienzo de su estancia americana Nouwen destacó entre el alumnado por sus actuaciones como orador y por su perspicacia como analista psicológico. Su fama llegó a oídos de la dirección de la Universidad de Notre Dame, en Indiana, donde se le ofreció impartir docencia. Nouwen tomaba las decisiones con tanta meticulosidad como ansia y se fue a buscar consejo al famoso monasterio cisterciense de Nuestra Señora de Getsemaní, donde había vivido Thomas Merton, a quien había conocido personalmente en una anterior visita el 7 de mayo de 1967. Halló ese acompañamiento en un monje psiquiatra, llamado John Eudes, a quien estaría posteriormente intensamente unido como guía, consejero y director espiritual.

El rector de la católica Universidad de Notre Dame, el padre Theodore M. Hesburgh, buscaba revitalizar el plan de estudios y una de las medidas era un departamento de psicología. Además quería encontrar vías para una mayor integración de la formación académica teológica y espiritual de sus estudiantes. Nouwen era un profesor preocupado personalmente por sus estudiantes, atento a destacar sus cualidades positivas y dispuesto a acompañarles en sus dificultades académicas o personales, actitud que no era forzada sino que se desenvolvía en él como parte de su naturaleza. Era un profesor admirado y entusiasta. Respecto a la universidad, Nouwen no era un académico convencional. Rechazaba el espíritu competitivo y no estaba personalmente inclinado a la investigación académica. No quería ser exclusivamente académico ni siquiera psicólogo. Su interés era la dimensión trascendental del hombre y la experiencia humana. Asistió con interés al surgimiento del movimiento carismático en el seno de la comunidad estudiantil de la Universidad de Notre dame, corriente que luego se expandiría por todo el planeta. Con ellas coincidía en la idea de que la metodología de transformación del mundo partía de la transformación interior del corazón de cada persona y eso podía ayudarse desde la vida comunitaria en pequeños grupos. No obstante, Nouwen “sentía que él necesitaba una perspectiva ecuménica más amplia” (Ford, 1999: p.154).



En 1968 tomó conciencia de que no iba a emplear un esfuerzo académico que no sentía propio con el único fin de doctorarse. El texto que escribió a tal efecto no constituyó su tesis y fue publicado con el nombre de *Un ministerio creativo*. Regresó a Holanda, donde dio clases a los seminaristas en Amsterdam y Utrecht, pero el ambiente holandés le agobiaba y nadie mostraba interés por contar con él, así que decidió establecerse de forma permanente en Estados Unidos. Pero no en la Universidad de Notre Dame.

f. La vida monástica trapense y la Universidad de Yale, 1971-1981

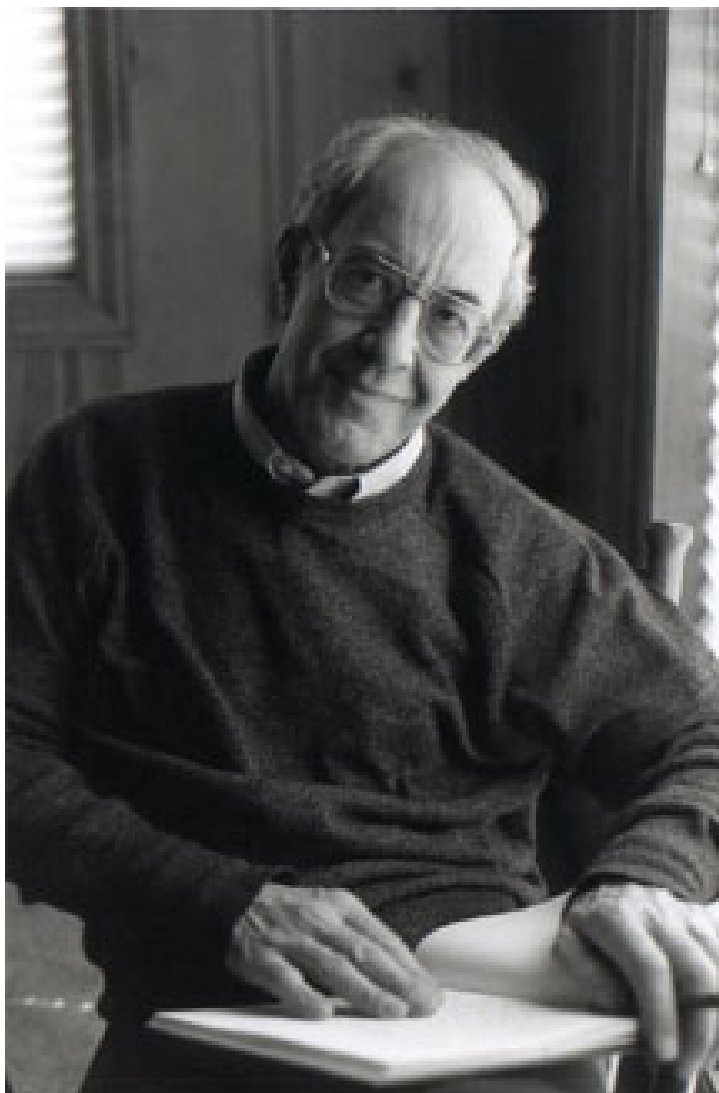
Nouwen era a esas alturas ya una figura conocida en círculos estadounidenses y tenía ofertas editoriales y también académicas. La que aceptó

fue la de la prestigiosa Facultad de Teología de la Universidad de Yale, donde se le ofreció un puesto docente en Teología Pastoral. De esa forma, Nouwen se desplazaba de la Psicología a la Teología Espiritual. Al adscribirse a Yale, Nouwen puso como condición que no se le exigiera la investigación académica ni la escritura de libros académicos sino que se le permitiera dedicarse a obras como la que había ya publicado con gran éxito, *El sanador herido*. Yale era una de las más importantes universidades protestantes de América y junto con Margaret Farley, profesora de ética, Nouwen fue el primer nombramiento con dedicación plena de un católico en una universidad protestante en Estados Unidos.

Desde el comienzo Henri fue una presencia carismática en Yale, que unía el estudio sistemático con la reflexión con la propia experiencia, pero no era lo que Yale esperaba. Yale quería una actividad más estrictamente académica, lo cual fue polarizando al claustro alrededor de tan famosa figura. Nouwen era la referencia más citada del profesorado de Yale y su fama crecía nacional e internacionalmente. Sus clases se fueron convirtiendo en libros como *El camino del corazón*, *Tres etapas en la vida espiritual*, *With Open Hands* o *Out of Solitude*. En esa etapa creció la influencia de la espiritualidad ortodoxa en él, lo cual quedaba inmediatamente reflejado en su docencia. Su curso sobre Vincent van Gogh fue un evento en la región atrayendo a numerosos asistentes. Su dedicación a los alumnos era intensa: cada día abría su casa de ocho a diez de la noche, adonde acudía un nutrido grupo. Primero departían merendando, luego estudiaban y finalmente terminaban rezando la Liturgia de las Horas. Estaba atento a quienes eran más vulnerables y era de una generosidad explosiva con ellos y con todos. Pero Nouwen

permaneció muy al margen de la institución universitaria y varios años después de su muerte ningún cuadro o memorial recordaba los años de docencia de Nouwen en Yale. Su fama crecía y eclipsaba creando envidia y también había quien consideraba que aquel modo y contenidos de enseñanza no eran estrictamente universitarios sino propios de una pastoral ilustrada pero no académica. Nouwen estaba de acuerdo con estos últimos, aunque en su idea no era posible el ejercicio de la teología sin la experiencia espiritual tanto personal como de la propia comunidad estudiante y universitaria.

En 1978 Nouwen perdió a su madre, a quien se siguió sintiendo cada vez más unido y su fallecimiento no le hundió sino que finalmente tuvo un impacto positivo en él, sintiéndola más próxima que



nunca. Con ella había pensado todos sus cambios anteriores y ella era una ávida lectora de todo lo que Henri escribía. Era el momento de tomar una decisión que le llevaría de nuevo fuera de los claustros universitarios, esta vez de Yale.

Durante la década en Yale, Nouwen disfrutó de amplios sabáticos. En 1974 y en 1979 volvió al monasterio cisterciense de Getsemaní, donde participó regularmente en su vida durante dos periodos de siete y seis meses. El hermano Ross le recordaba como “una persona que iba a cien kilómetros por hora donde la velocidad está limitada a treinta. Su vida era una verdadera lucha y realmente tenía ansias de Dios, aunque quizá no siempre era consciente de lo cerca que de Él estaba, porque siempre Nouwen iba por delante de sí mismo” (Ford, 1999: p.173).

En 1974 Nouwen tenía 42 años y se expuso a esa experiencia monástica profunda. Aunque los monjes cistercienses no admitían membresías temporales, decidieron hacer una excepción con Henri. El abad de la comunidad era ya su amigo y director espiritual John Eudes Bamberger. Su experiencia quedó reflejada en el impresionante *The Genesee Diary*, que supuso una inflexión para el modo de pensar y escribir de Nouwen. En este diario mostró no sólo sus reflexiones espirituales sino que hizo transparente toda su experiencia personal incluidas sus miserias y dudas. John Eudes se encontró a una persona que tenía las dificultades de una persona media, con ciertas habilidades llamativas y que, sobre todo, no había encontrado su lugar. Cuando Neuwen volvió a su estancia de 1979, John Eudes siguió comprobando que no había encontrado todavía ese lugar. Ese segundo periodo se refleja en su libro *Oraciones desde la abadía, una súplica de la misericordia*. Volvería una tercera vez en 1981 como hermano asociado poco antes de marcharse a Latinoamérica para deliberar si ésa era la opción idónea en su vida. Hizo el mes de Ejercicios Espirituales de San Ignacio y finalmente adoptó esa decisión.

g. El año latinoamericano, 1981-1983

En 1981 dejó Yale, con conciencia de que suponía un desafío contracultural contra su prestigio. Establó contacto con los Misioneros de Maryknoll de Lima. Aceptaron compartir con él la vida comunitaria y él estableció allí su campamento base para su experiencia latinoamericana. A los días de llegar, Henri se fue a la Ciudad Jardín de Cochabamba, en Bolivia, donde estudiaría idioma y cultura durante unos meses en el Instituto de Estudios Hispánicos. A más de 2000 metros de altura y viviendo en condiciones muy sencillas en comparación con su modo de vida



estadounidense, suponía un importante desafío físico, relacional, intelectual y espiritual para él. De vuelta a Lima, se instaló en el muy humilde hogar de una familia de los suburbios limeños, de paredes rosas y techo de plancha de metal. Los trabajos de la supervivencia diaria consumían casi todo el tiempo que ilusoriamente había pensado Henri dedicar a buscar, pensar y escribir. Se insertó a fondo con la gente del barrio. Su biógrafo Michael Ford recogió la opinión del misionero Larry Rich, quien declaró que “Sin duda alguna Henri se introdujo de lleno. Abrazaba a la gente allí donde pronunciaba la homilía de la misa del domingo por la mañana. Su

entusiasmo era clarísimo: quería a la gente” (Ford, 1999: p.189). Experimentó no sólo la vida de pobreza sino la represión policial y militar.

En el curso de su estancia trabó relación con el teólogo Gustavo Gutiérrez. Nouwen tenía una posición suspicaz frente a la Teología de la Liberación a la que acusaba de un fuerte moralismo y politización. Pero a través de su conocimiento directo en los contextos, la exploró convencido de que no podía ser reducida a un moralismo político. Comprendió que el núcleo de la Teología de la Liberación es una lucha contra todas las fuerzas de la muerte y la potenciación de las fuerzas de la vida. Nouwen vivió una conversión honda al comprender lo muy individualista y elitista que era su propuesta espiritual y el excesivo ascendente de la tradición estadounidense en ella. El padre dominico Gustavo Gutiérrez había leído la obra de Nouwen y fue un encuentro muy fecundo entre ambos. Pensaba que Nouwen exagerada en su autocrítica. Gutiérrez considera a Nouwen uno de los más importantes líderes espirituales del siglo XX por su insistencia en la dimensión espiritual de la experiencia humana y relacional y destaca de él que “Nouwen era una persona sumamente sutil a la hora de comprender el sufrimiento” (Ford, 1999: p.193). En toda su experiencia latinoamericana “lo importante para Henri no eran los problemas sino las personas... Las personas eran lo primero”, atestigua su compañero de un posterior viaje, el padre John Vesey. El padre Gutiérrez también le ayudó a Henri a ver que su lugar no estaba tanto en Latinoamérica sino en Estados Unidos dando voz al sufrimiento del continente. Nouwen tenía la convicción de que Latinoamérica estaba llamada a cumplir crucial en la evangelización de Estados Unidos. Tras la temporada de relación, Gutiérrez le pidió finalmente que Nouwen prologara la edición estadounidense de su libro *Beber en su propio pozo*, lo cual éste aceptó agradecido. Nouwen regresó a Estados Unidos en 1982 y se fue al monasterio de Genesee a intentar buscar su camino siguiente.

h. La Universidad de Harvard, 1983-1985

Algunas figuras relevantes de la Universidad de Harvard se dirigieron a él para ofrecerle incorporarse a su claustro. Llegó al acuerdo de que enseñaría Teología seis meses al año y estaría libre el otro semestre del año para libre disposición. Ya integrado en Harvard aprovechó los semestres sabáticos para profundizar su conocimiento de Latinoamérica y a tal fin viajó a México, donde estudió en el Centro de Estudios Económicos y Sociales de México D.F. A continuación se desplazó a Nicaragua, cuando ésta sufría el enconado enfrentamiento del sandinismo contra la Contra financiada por el presidente estadounidense Ronald Reagan. Intimó con los campesinos nicaragüenses y conoció a fondo la realidad eclesial del país, como consecuencia de lo cual se comprometió en una campaña contra la intervención americana a través de la Contra. Nouwen se embarcó en una agotadora gira de seis semanas por numerosas ciudades del país como testigo de la opresión y el sufrimiento nicaragüense, apoyada por la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos. Posteriormente también visitó Guatemala con uno de los obispos guatemaltecos que le mostró la realidad del pueblo. Fruto de esa amplia experiencia latinoamericana son sus dos libros *¡Gracias!* y *Love in a Fearful Land*.

Nouwen no sólo mantuvo siempre una gran sensibilidad hacia la injusticia en Latinoamérica sino que se comprometió con todas las grandes causas de su tiempo, con especial énfasis en el pacifismo y en el movimiento de desarme nuclear.

Su integración en Harvard fue una ampliación de las virtudes y problemas de sus anteriores vivencias en Notre Dame y en Yale. Batió los récords de asistentes a sus clases, fue una persona muy famosa y popular y también cosechó críticas de colegas por lo que consideraban una función no académica. Nouwen mezclaba Teología, Espiritualidad y vida sin barrera ninguna. En medio de clase invitaba a la oración y reflexionaba sus propias experiencias, lo

cual no era la imagen convencional esperada en Harvard. Como en las otras ocasiones, se convenció de que la universidad no era su lugar y, en consecuencia, tuvo suficiente libertad para abandonar su puesto docente en Harvard.



i. Los hogares de El Arca, 1985-1986

Una visita que había recibido en Harvard sería la que le abriría el camino definitivo a un hogar. Nouwen había citado a las comunidades de El Arca en su libro *Clowning in Rome* y su fundador, Jean Vanier, entró en contacto con él. Cuando le visitó en Harvard se dio cuenta el momento de crisis que atravesaba Henri y a la vez lo mucho que le querían tantos alumnos. La tensión entre su alta popularidad

y la imposibilidad para encajar en el mundo académico le hacía sufrir mucho. Nouwen ya era una figura internacional y era muy admirado y demandado, lo que le producía tensiones de gestión de su tiempo. No obstante, nunca abandonó su atención minuciosa a las personas una a una, especialmente inclinado a las personas excluidas. Su fama le había llevado a predicar en uno de los desayunos de oración del Congreso de los Estados Unidos y se había convertido en un icono del cristianismo. Pero tanta actividad exterior no tapaba sino que ponía más de manifiesto el vacío de pertenencia que sufría Nouwen. Así lo vio Vanier, quien creyó que vivir un año en la comunidad madre de El Arca, en Trosly, Francia, le ayudaría a encontrar un lugar donde mantener relaciones permanentes. Vanier le dijo: “Puede que aquí podamos ofrecerte un hogar” (Ford, 1999: p.215). Nouwen nunca decidía precipitadamente. Hizo de nuevo el mes de Ejercicios Espirituales de San Ignacio y decidió aceptar la invitación de Vanier, abandonando Harvard.

Michael Ford sintetiza bien la esencia de este muy conocido movimiento llamado El Arca: “Fundada en 1964, El Arca es una organización internacional de mujeres y hombres con minusvalías intelectuales y físicas que crean su hogar junto con colaboradores procedentes de ambientes y tradiciones de fe muy diversos”, a los que las personas suelen llegar tras una historia de sufrimiento e injusticias.



Al llegar a la comunidad de El Arca en Trosly, lugar donde se fundó este movimiento, Nouwen no se integró directamente en uno de los hogares, sino que Vanier le ofreció residencia en la vivienda donde vivía su propia madre, Pauline Vanier, de quien se hizo íntimo amigo. Henri también pudo entablar una relación espiritual muy íntima con el cofundador de El Arca, el dominico Thomas Philippe, quien fue crucial para la sanación de Nouwen. Henri confesó que en aquella época de honda crisis, el padre Philippe había sido la más próxima manifestación de la presencia de Dios. Nouwen vivió nueve meses en Trosly, con libertad para viajar a donde considerara oportuno. Al año le propusieron que asumiera el papel de pastor en la comunidad Daybreak que El Arca tenía en Canadá. La había conocido en un viaje ese mismo año y recibió una conmovedora carta con la propuesta. Nouwen nunca se había sentido más directamente llamado nunca a nada y aceptó.



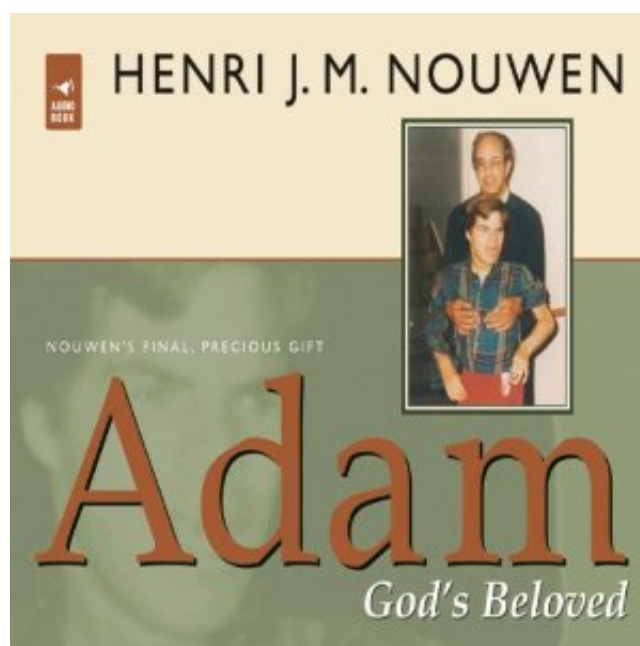
La vida en Daybreak era un desafío para un hombre que, como Nouwen, siempre había sido un verso libre en las instituciones. Le planteaba retos todos los días: llegar puntual a cenar, hablar con personas que sufrían las circunstancias de los miembros discapacitados de la comunidad o la disposición para invitar a gente a cenar. Era frecuente que el carácter expansivo e inclusivo de Nouwen provocara que se presentara con dos o tres personas a cenar sin haber avisado antes. La presencia de amigos de Nouwen en la casa era más frecuente de lo que aconsejaría el mantenimiento de cierta intimidad en el hogar. Nouwen teorizaba como nadie sobre la vida de comunidad pero le costaba adaptarse disciplinadamente a ella. Aunque Nouwen

cambió cosas, siempre siguió siendo una excepción. Por ejemplo, nunca logró lavar su ropa y tenía graves dificultades para poder cocinar incluso los platos más fáciles. Era torpe en su manejo del cuerpo y las cosas y no prestaba atención a las labores. Por ejemplo, en una ocasión que estaba secando en el ciclo de fregado, nunca se acababa la labor y es que Henri, absorbido por la conversación con los compañeros, tras secar el plato, vaso o cubierto lo volvía a echar al fregadero.

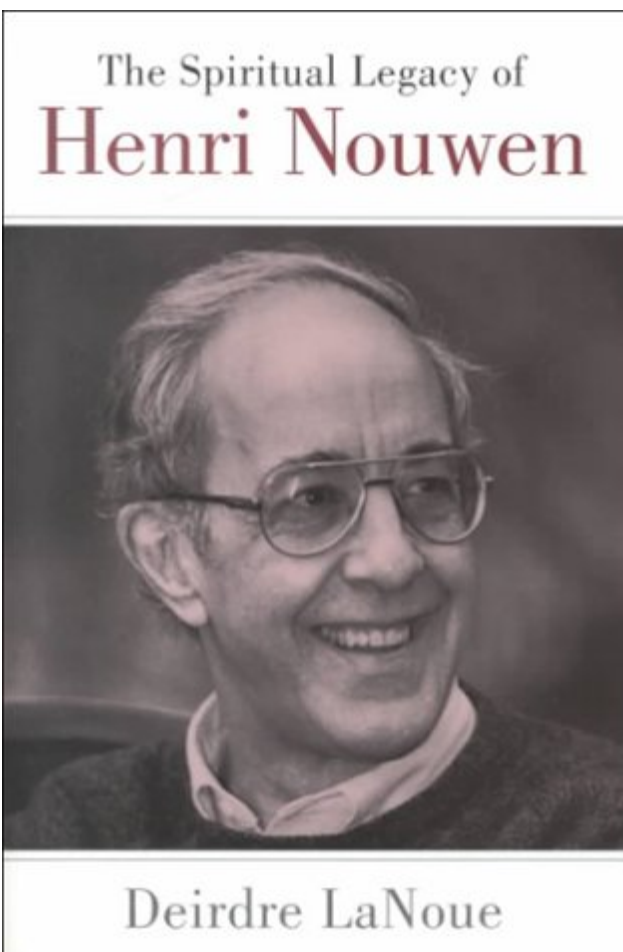
La comunidad no tenía seguridad de estar decidiendo correctamente cuando le pusieron al cargo directamente de un miembro de la comunidad, Adam Arnett, de veinticinco años, que no podía hablar ni moverse sin ayuda y que frecuentemente padecía ataques epilépticos. Pero Adam fue el auténtico Adán de su vida.

j. Adam

Nouwen asumió ser el principal responsable de Adam, lo cual suponía ayudarlo en todas sus rutinas. Le levantaba a las siete de la mañana, le lavaba, ayudarlo a desayunar, lavarle los dientes, pasear con él en la silla de ruedas y de



nuevo a casa para comer. El programa de atención finalizaba a las cuatro de la tarde. Nouwen asumió con miedo el reto porque era consciente de su torpeza y de la desatención que prestaba a todas las rutinas cotidianas, pero se sentía atraído a aprender y lo hizo hasta que se sintió capaz y seguro. Nouwen sintió que habían encomendado el más débil de la comunidad al más torpe de la misma, lo cual suponía un enorme caudal de confianza en él. Henri se encontró con una persona, Adam, quien ofrecía su cuerpo en una pobreza y confianza absolutas y él respondió también mostrando sus propias vulnerabilidades y dándole confianza. Henri dio un salto cualitativo en sus relaciones con los demás a través de su vinculación con Adam. Le abrió sus confidencias. Estados de ánimo, sus secretos y dificultades, y también sus gozos e ilusiones. Adam se convirtió en su maestro y su persona le iluminaba en todos aquellos aspectos de la vida donde él sentía oscuridad. En tanta discapacidad descubrió las suyas y aprendió a afrontarlas con la misma fortaleza, confianza y comunión con los demás. En ese entorno de El Arca se dio cuenta que su fama internacional no impresionaba ni se tenía en cuenta en la vida cotidiana sino que se le quería por lo que él era, no por lo que hacía. En los sitios donde había vivido hasta ese momento la estima de los demás había estado mediada por su valía, sus éxitos y su atracción personal. Un ejemplo ayuda a hacernos idea del alcance del choque del papel de gurú internacional y de miembro de un hogar de El Arca. Se iba a celebrar el cumpleaños de uno de los compañeros discapacitados de Daybreak y organizaron un gran evento en el que le invitaron a tomar parte activa. Él entendió que implícitamente le pedían que diera una conferencia dado su reconocido prestigio, así que se la preparó concienzudamente como hacía siempre. Pero cuando llegó el día y se presentó para dar la conferencia en el evento, le disfrazaron de vaquero y le hicieron salir a escena a bailar buscando que fuera capaz de reírse de sí mismo y hacer reír con él a todos los invitados.



Nouwen se rió doblemente de sí mismo, encantó a todos y aprendió una enorme lección. En todas esas vivencias, se vio a sí mismo en sus fragilidades y llegó a sentir que Adam era el polo de fortaleza en esa relación. Ciertamente, Henri “poseía la capacidad y la experiencia necesarias para sintonizar con gran sensibilidad con aquello de lo que le hacían partícipe” (Ford, 1999: p.231) y, por tanto, había en él algo valioso que le permitía acoger fecundamente toda aquella realidad.

A través de Adam, Henri se encontró consigo mismo, con los demás y con Dios. Adam hizo realidad aquello que Nouwen dejó escrito: “En nuestros corazones hay una zona de penumbra que no podemos ver... Y es muy positivo que siempre estemos parcialmente ocultos a nosotros mismos. Otras personas, especialmente las que nos quieren, suelen poder ver nuestras zonas de penumbra mejor que nosotros. <el modo en que los demás nos ven y nos comprenden es distinto del modo de vernos y comprendernos nosotros

mismos. Nunca conoceremos plenamente el significado de nuestra presencia en la vida de nuestros amigos.” (Nouwen, 1996: *Bread for the Journey*, Darton, Longman y Todd, Londres: p.98).

Nouwen fue integrando la convivencia en un mismo hogar con personas discapacitadas y buscó el modo de unir también esa realidad a su actividad como conferenciante: invitado a impartir una conferencia en la Iglesia de St. Paul en Harvard Square, repleta de intelectuales de Harvard, Yale, Boston y el Instituto Tecnológico de Massachusetts, se presentó con John, uno de sus compañeros discapacitados. Fue un enorme impacto y para muchos también un escándalo ya que consideraban que la trayectoria de Nouwen se había malogrado en un entorno de discapacitados que nada podían aportarle cuando no restarle tiempo de dedicación a su obra. Nouwen fue consciente de que no se entendía que él estuviese aprendiendo tanto de Adam y sus compañeros, pero también se sentía seguro de que esa era la vía para alcanzar la verdad mayor. Nouwen mostró todo el arco de esta experiencia en su libro publicado póstumamente en 1997, *Adam, el amado de Dios* (PPC, Madrid, 1999).

k. A corazón abierto, 1988

Nouwen encontró en la comunidad Daybreak un auténtico hogar y cada día la convivencia con los compañeros discapacitados era una continua revelación que le suscitaban intuiciones y experiencias. Pero también la estrecha convivencia con el resto de sus compañeros supuso una intimidad como nunca antes había tenido viviendo con nadie. Especialmente desarrolló una estrecha amistad con uno de los colaboradores, Nathan Ball, que se tornó en una dependencia enfermiza. Eso intensificó las contradicciones que padecía. Es posible hablar de ellas porque algo característico de Nouwen es la transparencia que en los libros mostró sobre los conflictos internos de su vida, especialmente en el área de las relaciones humanas, aunque también narró sus dificultades para llevar una vida de oración. Como observa Michael Ford, “Daybreak



era un lugar seguro en el que era libre para venirse abajo y afrontar su fragilidad en toda su complejidad” (Ford, 1999: p.236). La tensión del conflicto interno de Henri se abrió en toda su virulencia hundiéndole en una tenebrosa y vidriosa noche oscura. Lo asombroso es que de todo ello quiso dar testimonio escrito no tanto por exhibicionismo sino por ser testigo del paso de Dios por la pasión que sufrió.

Nouwen era una persona con grandes dotes relacionales. Le gustaba la gente y había desarrollado mucho su capacidad empática, su sentido de alteridad y una sociabilidad múltiple que le permitía centrarse plenamente con una persona que nunca antes hubiera conocido y que ella sintiera que Nouwen estaba prestándole toda su atención y comprendiéndola completamente. Era un hombre con una extraordinaria no sólo capacidad sino dedicación de comunicación. Sus cuentas de teléfono eran tan costosas superaban la aportación económica que él hacía a la comunidad y continuamente le llegaban cientos de cartas cada mes a todas las cuales respondía personalmente.

Era generoso con su tiempo y sus fuerzas, hasta el punto de que no cuidaba suficientemente su salud. Su ritmo de trabajo causaba asombro en todos los que conocían toda la actividad que desplegaba escribiendo, viajando y atendiendo a la gente. No ahorraba cansancios ni viajes para encontrarse con un auditorio ni con un amigo que le necesitara. Y a la vez quemaba su dinero en regalos a personas que a veces ni siquiera conocía mucho. En una ocasión consoló a una mujer que cargaba un gran dolor y desde aquel día cada año Henri le enviaba un ramo de flores por su cumpleaños. Pero a la vez había algunas áreas relacionales que adolecían de desarrollo como era sus dificultades para una atención continua y fiel a las relaciones que entablaba, la confianza en que los otros le querían por sí mismo y no por lo que hacía y valía, le costaba confiar en la estima que los otros le tenían. Tenía una honda herida que se remontaba a su infancia: tenía que demostrar continuamente que era digno de ser querido y buscaba continua demostración de ello. Eso le convertía en una persona susceptible y demandante de la atención de los demás. Le enojaban los gestos de desatención y tendía a interpretar mal algunos gestos que carecían del más mínimo significado. De todo ello dio cuenta en sus escritos y le dio un significado humano y cristiano a la luz de su amistad con Adam y de su amistad con Jesucristo.

Su dependencia de Nathan Ball se fue acentuando cada vez más hasta que éste ya no pudo más y tomó distancia. Entonces Henri quebró. Fueron tan lacerantes sus sentimientos de abandono, traición y apego respecto a Nathan que extendió una tormenta de confusión sobre toda su vida. El problema no era sólo la relación con Nathan sino que Henri sentía que esa dinámica de dependencia se manifestaba en todo su mundo relacional, a excepción de Adam y de los discapacitados de Daybreak, quienes le hacían sentirse libre y amado.

Una cuestión públicamente controvertida es la posibilidad de que Henri Nouwen reconociera su condición homosexual. Por un lado, Henri era una persona decididamente célibe no sólo por ser sacerdote sino por su propia estructura personal y modo de estar en el mundo. Por otra parte, parece que a algún amigo le hizo esa confidencia que luego fue aireada. Lo que sí es claro es que, en caso de haber sido cierta, una persona tan transparente en sus escritos como Nouwen nunca quiso hacer público dicha condición. Se especula sobre las razones. En todo caso, es seguro que una persona en una comunión tan intensa con la Iglesia católica como Nouwen esa declaración la hubiese vivido como un enorme sufrimiento para él. Y la liberación que podía haber supuesto quizás le explicaría sentimientos que le abordaban en las relaciones con algún amigo, pero su vocación sacerdotal y célibe no le habría llevado más allá de la comprensión de su sexualidad. En todo caso, el problema de Nouwen no era de carácter sexual sino más general y relacional y tenía que ver sobre todo con la relación con su mismo padre. También es preciso señalar la especial delicadeza y atención que Nouwen prestó a amigos suyos que sí eran homosexuales y a las personas que habían contraído el SIDA.

La espoleta que hizo estallar la crisis de Henri fue la relación negativa de dependencia de Nathan Ball, la positiva relación de revelación y donación



con Adam Arnett y el sentirse en un lugar como Daybreak donde podía por fin volver a sentir hogar. Y el descenso de Nouwen a sus infiernos fue muy duro y violento. Perdió el apetito y su característica vitalidad, se encontró en el desierto de la oración, sentía una gran ansia y estaba especialmente irascible. La comunidad le acogió y le contuvo. Lo que no perdió durante ese periodo fue su fidelidad diaria a la celebración de la Eucaristía, su oración de la Liturgia de las Horas y su actividad de escritura.

Escribir era para Nouwen un modo de comunicar con Dios, con los demás y con su más hondo interior. “Para Henri Nouwen, escribir era una disciplina espiritual que le ayudaba a concentrarse, a mantenerse en contacto con los más profundos anhelos de su corazón, a clarificar su mente, a procesar las emociones confusas, a reflexionar sobre sus experiencias y a dar expresión artística a lo que trataba de vivir, que de ese modo podía integrarse más plenamente en su peregrinaje espiritual.” (Ford, 1999: p.47)- Dice Nouwen: “Cuando sencillamente nos sentamos a una hoja de papel y empezamos a expresar con palabras lo que hay en nuestras mentes o en nuestros corazones, surgen nuevas ideas; ideas que pueden sorprendernos y llevarnos a espacios interiores de cuya existencia apenas teníamos conocimiento. Uno de los aspectos más satisfactorios de la escritura es que puede abrir en nosotros pozos profundos repletos de ocultos tesoros” (Nouwen, 1996: *Bread for the Journey*, Darton, Longman y Todd, Londres: p.136). De hecho, todo el proceso se refleja en un diario luego publicado y que se tituló *La voz interior del amor: desde la angustia a la libertad* (PPC, Madrid, 1998). Nunca albergó sentimientos autodestructivos y todo el tiempo mantuvo una dolorosa lucidez sobre su pobreza y el infinito amor de Dios. En todo momento en esos meses de angustia, su espíritu de generosidad permaneció intacto (Ford, 1999: p.252)..

No obstante el cercano acompañamiento de su comunidad de Daybreak, Nouwen comprendió que necesitaba alejarse un tiempo de ese escenario para alcanzar cierta paz. Se trasladó durante seis meses a otra comunidad de El Arca, en Winnipeg, donde le ayudaron muy eficazmente a superar su dolor y reconstruirse. Fue una honda noche oscura en la que mantuvo su confianza ciega en Dios y en la bondad del hombre. Esa sufriente pasión le hizo todavía más sensible a los dolores internos de tantas personas y mucha gente identifica parte de los desgarros y heridas internas que sufre con la misma experiencia de Nouwen. Esta Pasión le hizo compartir la condición de todos los rotos de corazón y haciéndose tan pobre, optó por ayudar todavía más. En el curso de su túnel, tuvo el apoyo de muchos amigos de múltiples lugares que se preocuparon por él y le visitaron mostrándole su apoyo y ánimo. Y también en medio de la crisis descubrió una pintura que catalizaría toda la galerna que sufría y le conduciría a una profunda salida: *El regreso del Hijo Pródigo*, de Rembrandt.



I. El regreso del Hijo Pródigo, 1989-1996

Quizás todo el ciclo de hundimiento terminó cuando ya se había puesto en marcha y un accidente de tráfico le detuvo de nuevo. Mientras cruzaba un camión le golpeó con el espejo retrovisor y le rompió cinco costillas y el bazo. Nouwen fue ingresado en el Hospital Central de Nueva York, donde se debatió entre la vida y la muerte enfrentándose a una peligrosa intervención quirúrgica para que el bazo detuviera su hemorragia interna. Frente a tan penosa

prueba, Nouwen se mostraba en paz, con un rostro tranquilo y sin angustia y confiado religiosamente a las manos de Dios. Afortunadamente superó la operación y pudo recibir a los pocos días a su padre y su hermana. Cuando vio entrar a su padre, Laurent, sintió que estaba viviendo el fondo de la experiencia del Hijo Pródigo y vivió un hondo momento de perdón.

Nouwen sabía que era una persona inquieta pero también había descubierto que tenía un lugar al que pertenecía, El Arca, con los más sencillos del mundo. Todas las líneas que habían constituido sus énfasis en la vida –la oración, el amor de Dios, las relaciones personales, la justicia social, la paz del mundo, la vida interior- todavía ganaban mayor fuerza, integración y alcance condensadas en esta nueva experiencia de hogar que vivía Nouwen.

Había regresado al hogar de su padre y había encontrado el hogar. Se sabía hijo, hermano, padre también. Su libro sobre El regreso del Hijo Pródigo se convirtió en su síntesis de lo máspreciado que había descubierto y un homenaje a Dios Padre. Ha sido su libro más emblemático leído por millones de personas en el mundo.

Nouwen continuó con su intensa agenda de conferencias, su intensa escritura y su atención personal a todos cuanto le escribían y se encontraban con él. En la Navidad de 1995 viajó a Holanda donde emprendió con su padre un viaje a Friburgo. Fue el mejor periodo que disfrutaron juntos. Se sinceraron, comprendieron lo mucho que se amaban y a la vez lo parecidos que en el fondo eran, y se sintió definitivamente reconciliado con esa antigua herida original que tanto le había dañado toda su vida.

Mientras se hallaba en Europa recibió en febrero de 1996 la noticia del ingreso de Adam Arnett amenazado por una severa afección. Nouwen dejó por escrito su acompañamiento a Adam y a su familia en ese tiempo de tránsito hasta que su vida terminó. Nouwen no dejaba de contemplar su rostro muerto. Más tarde escribió: “Ahí yace el hombre que me ha conectado con mi yo interior, mi comunidad y mi Dios como ninguna otra persona habría podido hacerlo. Ahí yace el hombre al que se me pidió que cuidara, pero que me introdujo en su vida y en su corazón de un modo increíblemente profundo... Ahí yace mi consejero, mi maestro y mi guía... Ahí yace Adam, mi amigo, mi amigo más querido, la persona más vulnerable que he conocido en toda mi vida y, al mismo tiempo, la más poderosa.” (Nouwen: *Adam, el amado de Dios*. PPC, Madrid).

Pocos meses después, en septiembre de 1996, Nouwen emprendió un viaje a San Petersburgo para filmar un documental sobre el famoso cuadro de Rembrandt, *El regreso del Hijo Pródigo*, producido por la Televisión Holandesa, lo cual le ilusionaba especialmente. Pero al llegar a Amsterdam del vuelo de Toronto sufrió un infarto en el hotel. Le hospitalizaron y Nouwen solicitó los últimos sacramentos de un sacerdote católico. En cuanto se enteraron de la noticia, la comunidad Daybreak decidió enviar precisamente a Nathan Ball a Amsterdam. Nouwen se reconcilió con él y le dijo con paz y confianza: “Me parece que no me voy a morir; pero, si me muriera, dile por favor a todo el mundo que estoy muy agradecido” (Ford, 1999: p.281).



Distintos amigos le visitaban y esa misma tarde rezó la Liturgia de las Horas con Nathan y con el productor del documental, Jan van den Bosch, en donde pronunciaron aquellos versos del salmo 91, “No temerás la saeta que de día vuela”. Lo último que le dijo al productor Jan van den Bosch fue “Mi Dios, en quien confío”. Esa misma noche sufrió otra crisis cardiaca y a las seis de la mañana del 21 de septiembre de 1996 Henri Nouwen regresaba como Hijo Amado al hogar del Padre.

Fuentes

The Henry Nouwen Society <http://www.henrinouwen.org/home/about/>

- Michael Ford, 1999: *Henri Nouwen, el profeta herido*. Sal Terrae, Santander, 2000.
- John Dear, 1998: *El camino hacia la paz*. Sal Terrae, Santander.
- Henri Nouwen, 1975: *Mi diario en la abadía Genesee*. PPC, Madrid, 1999.
- Henri Nouwen, 1981: *El estilo desinteresado de Cristo. Movilidad ascendente y vida espiritual*. Sal Terrae, Santander, 2007.
- Henri Nouwen, 1982: *La compasión en la vida cotidiana*. Lumen, Buenos Aires, 1996.
- Henri Nouwen, 1983: *A Letter of Consolation*. Gill and Macmillan, Dublin.
- Henri Nouwen, 1986: *Signos de vida. Intimidad, fecundidad y éxtasis*. PPC, Madrid, 1996.
- Henri Nouwen, 1988: *La belleza del Señor. Rezar con los iconos*. Narcea, Madrid.
- Henri Nouwen, 1992: *‘Tú eres mi amado’. La vida espiritual en un mundo secular*. PPC, Madrid, 1994.
- Henri Nouwen, 1994: *Aquí y ahora. Viviendo en el Espíritu*. Editorial San Pablo, Madrid, 1995.
- Henri Nouwen, 1994 B: *Con el corazón en ascuas. Meditación sobre la vida eucarística*. Sal Terrae, Santander, 1996.
- Henri Nouwen, 1994 C: *El regreso del hijo pródigo. Meditaciones ante un cuadro de Rembrandt*. PPC, Madrid, 1995.
- Henri Nouwen, 1994 D: *Nuestro mayor don. Una meditación sobre morir bien y cuidar bien*. PPC, Madrid, 2001.
- Henri Nouwen, 1996: *Bread for the Journey*, Darton, Longman y Todd, Londres.
- Henri Nouwen, 1997: *Adam, el amado de Dios*. PPC, Madrid, 1999.
- Henri Nouwen, 1998: *Diario del último año de vida de Henri Nouwen*. PPC, Madrid, 2002.
- Henri J. M. Nouwen, 2001: *Senderos de vida y del espíritu. El camino de regreso a casa*. PPC, Madrid, 2002.

